

**ACRECA DEL DISFRUTE INTELECTUAL**

**Un gozoso fulgor que nos arrebatata**

2022

## ACERCA DEL DISFRUTE INTELECTUAL

Un gozoso fulgor que nos arrebatara

¿Cómo podría yo expresar cuán grande es el disfrute intelectual que me embarga a veces durante los últimos tiempos? Tantas veces, algo en relación con la cultura nos toca de manera tan especial que quedamos poseídos por ese algo que venimos en llamar disfrute intelectual. Muchos de los que lean estas palabras entenderán perfectamente de lo que hablo. Dice Vargas Llosa que la cultura en estos tiempos se está volviendo aburrida y que, por eso, la gente escapa de ella. Los que amamos apasionadamente la Arquitectura, creemos que, al contrario, podemos disfrutarla enormemente y hacer que las gentes sean felices en ella.

Porque últimamente me sucede ese algo tan especial, es por lo que he decidido escribir mis reflexiones sobre tan nada original descubrimiento. Y voy descubriendo que eso que llamamos disfrute intelectual, satisfacción intelectual, gozo intelectual, se produce de manera más frecuente y más especial con el paso de los años. El disfrute que me produce ahora la lectura de *La Odisea* de Homero no tiene ni comparación con el asombro gozoso que me produjo la primera vez que cayó en mis manos. Y ese sentimiento hondo y profundo se produce ahora con tanta frecuencia que a veces me sorprende. Es como un gozoso fulgor que me arrebatara.

Este disfrute intelectual es una conmoción profunda que nos invade en señaladas ocasiones y que hace que la vida merezca bien la pena. Todos lo hemos sentido más de una vez, por motivos muy diversos. Y cuanto más avanzamos en el tiempo, cuanto mayores somos, más veces nos sucede.

Decía Platón a un joven principiante en filosofía:

*Es hermoso y divino el ímpetu ardiente que te lanza a las razones de las cosas; pero ejercítate y adiéstrate mientras eres joven en estos esfuerzos filosóficos, que en apariencia para nada sirven y que el vulgo llama palabrería inútil; de lo contrario, la verdad se te escapará de entre las manos.*

Pues en estas coordenadas de renovada juventud es donde yo querría estar a la hora de hablar de este disfrute intelectual.

### MEMORIA

Sé bien que todo esto es en gran parte debido a la memoria. Al pasar los años, nuestra memoria se va llenando de tal modo, que muchas veces se produce una relación entre las cosas y los hechos que es fuente segura de este placer intelectual. Claro que esa memoria, como si de un pozo se tratara, pide seguir siempre llenándola con el agua del conocimiento que requiere un tiempo y un estudio profundo. El estudio que en la juventud era una obligación, y que con el paso de los años se convierte en un placer.

San Agustín nos habla del espacio enorme de la memoria, del aula ingenti memoriae. La memoria que no sólo es capaz de acumular los nuevos conocimientos sino, mejor

todavía, de ponerlos en relación. ¿Quién no se ha sorprendido cuando ha reconocido temas o ideas comunes en autores que parecería que no tuvieran nada en común? Recordar, *re-cordar*, es pasar el corazón, volver a poner el corazón en alguien o en algo que pasó.

Y es tan claro San Agustín hablando de la memoria que no nos queda más que transcribir sus sabias palabras:

*Recalo en los solares y en los amplios salones de la memoria, donde están los tesoros de las incontables imágenes de toda clase de cosas que se han ido almacenando a través de las percepciones de los sentidos.*

*Se desplaza la gente para admirar los picachos de las montañas, las gigantescas olas del mar, las anchurosas corrientes de los ríos, el perímetro del océano y las órbitas de los astros, mientras se olvidan de sí mismos, y no se maravillan de que yo, al nombrar todas estas cosas, no las vea con mis ojos. Y, sin embargo, sería incapaz de hablar de ellas si interiormente no viese en mi memoria las montañas, el oleaje, los ríos y los astros que personalmente he tenido ocasión de contemplar, ni el océano del que he oído hablar, con dimensiones tan grandes fuera como si los viese.*

## TIEMPO

Aún recuerdo la sorpresa aquel día en que leyendo despacito el “Burnt Norton”, primero de los *Four Quartets* de T.S. Eliot, vinieron a mi cabeza, y a mi corazón, las *Coplas* de Jorge Manrique a la muerte de su padre. Cuando los tuve delante, los poemas de Eliot y de Manrique juntos, hasta el orden en que se hablaba allí sobre el tiempo, pasado, presente y futuro era el mismo. Y la pulsión también.

Y si Eliot (1888- 1965) escribe:

*Time present and time past  
Are both perhaps present in time future  
And time future contained in time past.  
If all time is eternally present  
All time is unredeemable.*

Jorge Manrique (1440- 1479) mucho antes había escrito:

*Pues si vemos lo presente  
Cómo en un punto se es ido  
Y acabado,  
Si juzgamos sabiamente,  
Daremos lo no venido  
Por pasado.*

Pareciera que Eliot hubiera leído las *Coplas a la muerte de su padre* de Jorge Manrique, seguro que las había leído, y hubiera sentido algo parecido al disfrute intelectual del que hablamos. Pasado, presente y futuro.

Caigo ahora en la cuenta ¡a buenas horas! que la doxología que repetimos con frecuencia los cristianos del *"Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo"* se cierra con un *"como era en el principio, ahora y siempre, por los siglos de los siglos"*, que es la misma manera de entender el tiempo, pasado, presente y futuro, de los poetas.

Debo reconocer que, desde aquello, no hago más que buscar y encontrar poemas y poetas que trabajan con la misma estructura sobre el tiempo. Hasta Shakespeare ha acudido a este encuentro con alguno de sus Sonetos como el CXXIX. *"Had, having, and in quest to have extreme"*. Y siempre esos encuentros son motivo del disfrute intelectual del que hablamos. Cualquier poeta que lea estas líneas lo entenderá perfectamente.

La universalidad del ser humano en el tiempo y en el espacio es tan clara que no me extrañó cuando, leyendo el precioso poema *Las tres palabras más raras* de Wislawa Szymborska, la maravillosa poetisa polaca, caí rendido cuando ella con toda naturalidad enuncia: "cuando pronuncio la palabra futuro, la primera sílaba ya pertenece al pasado". ¿Cómo pueden los poetas, con menos material que los arquitectos, con casi nada, tener tantísima fuerza?

## ARQUITECTURA

En la arquitectura podemos encontrar el disfrute intelectual en muchos momentos de los que voy a señalar los tres principales: concepción, final y reconocimiento.

Concepción. La idea generadora.

El momento de la concepción, el momento del nacimiento de la idea. La idea feliz no suele ser un encuentro fortuito. Muy al contrario, suele suceder que, teniendo delante todos los ingredientes, el arquitecto se pone a pensar, a investigar, en una búsqueda paciente que suele dar, después de un tiempo casi siempre largo, una idea como resultado. Una idea con capacidad de ser materializada. Frank Wilczek, el premio nobel de física de 2004, en su libro *El mundo como obra de arte*, lo llama encarnar. Allí se pregunta ¿encarna el mundo ideas bellas? Pues ese momento feliz donde se sabe que, en potencia, ya todo está resuelto, tan clara es la idea, suele ser causa de un enorme disfrute intelectual.

Es el momento que tantas veces hemos llamado inspiración. Cuando tras una batalla en nuestro pensamiento, con nosotros mismos, en la que los creadores buscamos ese algo más capaz de sustanciar una nueva obra, aparece en un momento preciso ese instante vibrante de la inspiración en que parece que todo se pone patas arriba, que sonaran mil trompetas haendelianas, y nos invade ese disfrute intelectual tan difícil de describir y tan fácil de reconocer. Y nace la idea capaz de fructificar, de materializarse.

Final. La obra construida.

El momento del final de una obra que hemos concebido y puesto en pie muchas veces produce esa satisfacción intelectual. No hay satisfacción comparable al momento en que la obra llega al punto en que se hacen realidad aquellas operaciones espaciales que el arquitecto había imaginado en su cabeza, explicado en sus escritos y expresado con sus dibujos.

Debo confesar que nunca olvidaré la emoción que sentí al ver por primera vez la luz del sol atravesar los lucernarios abiertos en el espacio central de mi edificio para la Caja de Granada en Granada. Lloré sin recatarme como un niño, como Ulises al oír el canto del aedo. No es sólo que allí entrara, real, material, la luz sólida; era algo mucho más fuerte. Aquella luz, en lento movimiento, ponía en tensión aquel espacio y lo hacía sonar divinamente, como lo hace la música cuando el aire atraviesa el instrumento de viento. Era la Historia misma de la Arquitectura que en mi memoria me traía allí presentes los episodios semejantes que tantas veces había estudiado.

Cuando mi madre hacía un flan todo era fiesta en casa. Y antes de sacarlo del horno, hecho al baño María, asistíamos los niños a la ceremonia de la introducción en aquel líquido a punto de cuajar, de la aguja metálica de hacer punto. Si salía mate, empañada, era necesario esperar todavía un poco, todavía estaba líquido. Pero si salía limpia ¡qué limpia salía! era señal de que aquello había cuajado.

El reconocimiento.

El momento del reconocimiento de la arquitectura al visitar una obra relevante por primera vez, es también causa de un gran disfrute intelectual. Reconocemos un espacio de una arquitectura que nunca vimos en directo pero que estudiamos tantas veces a través de dibujos y fotografías, a veces con pelos y señales. Se produce entonces ese disfrute intelectual de conocer sin intermediarios algo que para nosotros era tan familiar. Los arquitectos bien sabemos de eso. Nunca olvidaré la primera vez que entré en el Panteón de Roma. Lloré.

Este disfrute intelectual producido por la arquitectura tiene mucho que ver con el que llamamos síndrome de Stendhal, una pulsión que provoca una aceleración del corazón cuando nos encontramos frente a una obra de arte especialmente hermosa.

Se cuenta que Stendhal, al visitar la basílica de la Santa Cruz en Florencia en 1817, escribió en su libro Nápoles y Florencia: un viaje de Milán a Reggio:

*Había llegado a ese punto de emoción en el que se encuentran las sensaciones celestes dadas por las Bellas Artes y los sentimientos apasionados. Saliendo de Santa Croce, me latía el corazón, la vida estaba agotada en mí, y andaba con miedo a caerme.*

## FINALE

Hace poco, oía en la radio a Ángela Núñez Gaitán, una sevillana que oficia de directora del departamento de restauración de la Biblioteca Vaticana. Cuando describía la emoción, el miedo, el día que tuvo en sus manos el autógrafo del Cancionero de Petrarca, no hacía más que describir el disfrute intelectual de alguien para el que aquello era un regalo casi impensable. El gozoso fulgor que te arrebatara del que hablábamos en las primeras líneas.

Me gustaría terminar de la mano de la música. Se cuenta de Haendel que muchas mañanas, cuando su criado le llevaba el chocolate humeante, encontraba al maestro con sus lágrimas caídas sobre el papel, emborronando las notas recién escritas, y cómo el sirviente se quedaba parado y el chocolate se quedaba frío. No me cabe la menor duda de que el maestro se encontraba en pleno trance, en un momento de pleno disfrute intelectual. Quizás por eso, el “*Rejoice Greatly*” del *Mesías* de Haendel, nos transmite, y bien, ese gozo profundo, este rejoyce, ese intellectual enjoyment, ese disfrute intelectual del que hablamos.